

UNA PUERTA (ENTRE)ABIERTA: OPORTUNIDADES EDUCATIVAS EN EL MEDIO NATURAL

Higinio Arribas Cubero¹; Diego Blas Asenjo; Verónica Cabanas Sánchez; Alma de las Heras Carbajo; Eva Flórez Pomar y Javier Talegón Martín. Asociación COAF-Facultad de Educación y Trabajo Social (Universidad de Valladolid)

Resumen.- Desde el año 2000, la Asociación COAF- Facultad de Educación (Universidad de Valladolid), desarrollamos un proyecto educativo en el Centro Regional Zambrana de internamiento de menores, donde la Actividad física, orientada hacia la participación, responsabilidad y desarrollo de habilidades sociales, es nuestro eje de acción educativa.

Nuestro trabajo se desarrolla principalmente en el contexto cerrado del centro, pero cada vez apostamos más por las salidas al exterior, fundamentalmente a través de actividades en el medio natural. En este artículo, relatamos nuestra experiencia centrándonos especialmente en el desarrollo de una acampada, reflexionando sobre los conflictos y posibilidades formativas que hemos descubierto en este tipo de propuestas.

Abstract.- From the year 2000, the COAF - Faculty of Education Association (University of Valladolid), we develop an educational project in the Regional Center Zambrana of minors' internment, where the physical Activity orientated towards the participation, responsibility and development of social skills, is our axis of educational action.

Our work develops principally in the closed context of the center, but every time we bet more for the exits on the outside, fundamentally across outdoor activities. In this article, we report our experience centring specially on the development of one encamped, thinking about the conflicts and formative possibilities that we have discovered in this type of offers.

Palabras clave.- Actividad Física; Actividades en el medio natural; Jóvenes en riesgo.

Key words.- Physical activity; Outdoor activities; At risk young.

1.- Reflexiones a viva voz

Esto no es un cuento, pero podría serlo, porque muchas veces la literatura refleja realidades, yendo en ocasiones más allá de ellas, superando lo inimaginable y contando historias que nos estremecen, que nos mueven, que nos hacen estar vivos. Por eso nos hemos reunido un grupo de personas, para hacer algo que nos gusta, recordar, extraer de lo vivido aquello con lo que sin darnos cuenta nos vamos quedando y que sabemos es la base para seguir construyendo, en un futuro, esas y otras realidades.

¹ Correo electrónico: quico@mpc.uva.es

Casi de modo casual, en el año 2000 surgió la posibilidad de entrar en uno de los dos módulos del Centro Regional Zambrana, concretamente en el de Socialización (de protección de menores), gracias a unas prácticas ofertadas a través de la asignatura de Educación Física y Ciclo Vital, impartida en la Diplomatura de Educación Social, en la Universidad de Valladolid. Esta experiencia fructificó de tal modo que al año siguiente se dio un paso más, al intervenir en el módulo de Reforma, configurándose así las bases de lo que hoy es nuestro proyecto; conviene aclarar que el módulo de Reforma está destinado a la ejecución de las medidas judiciales y cautelares de internamiento, dictadas por los Juzgados de Menores.

Hay experiencias, situaciones vitales, pequeños instantes que nunca se olvidan; con el tiempo las formas y los datos se diluyen, pero las sensaciones permanecen, si alguno ha entrado en un centro privativo de libertad sabe a lo que nos estamos refiriendo. La primera vez es la más intensa, los muros tras de sí, las puertas que se cierran y todo cambia, los olores, las miradas ávidas de reencuentros y huidizas al mismo tiempo, el aire más pesado sobre los hombros, los miedos, las diversas sonrisas. Esto lo llevarás siempre contigo, aunque sencillamente llegues a normalizarlo, es algo que viajará de por vida en tu mochila, tal vez por eso el trabajo con estos colectivos es tan envolvente, porque ellos están “dentro” cuando tú estás “fuera”.

Creemos que si esta sociedad funciona como funciona, para bien o para mal, es responsabilidad de todos, y el hecho de que los valores hayan cambiado, con la inexistencia de valores absolutos, y de que los referentes se hayan diluido, se manifiesta en los adolescentes. En ellos se siente reflejada una sociedad a la que parece no gustarle lo que ve, por ello sus miembros se limitan a juzgar desde el sillón, con un mando en la mano o simplemente a ignorar la realidad, como si no fuera con ellos; nosotros desde nuestras limitaciones pretendemos ir más allá y profundizar en procesos educativos contextualizados y diversos.

Coincidimos con Jiménez Martín (2006) en que los errores más comunes en la aplicación de programas educativos con menores en riesgo se centran en: culpabilizar al menor, centrarse más en las dificultades que en las posibilidades, trabajar desde las conductas sin tener en cuenta la cultura y el contexto en el que se desenvuelven estos jóvenes, convertir a los menores en sujetos pasivos de la intervención y no apostar por el trabajo preventivo, antes de que la situación sea problemática y la conductas de riesgo hayan arraigado en los jóvenes.

Estos hechos y otros, que trataremos más adelante, son los motivos que nos han llevado a que este 2007 sea ya el sexto año que llevamos desarrollando un proyecto estable de voluntariado, acción educativa y

formación en el Centro de Zambrana y que nos hayamos consolidado como grupo de trabajo, que sigue vinculado a la Universidad de Valladolid y que funciona a través de la asociación COAF (Club de Ocio y Actividad Física), constituida fundamentalmente por profesionales de los ámbitos de la Educación Física y la Educación Social, aunque cada año recibimos apoyos de otros campos.

2. – Contextualización de la experiencia en el centro

Después de esta breve presentación ha llegado el momento de ahondar en nuestro proyecto, haciendo especial hincapié en cuáles son nuestras líneas de trabajo, dentro y fuera del centro y nuestras perspectivas de futuro.

El **proyecto** que desarrollamos está inserto en un programa de voluntariado social, promovido desde la Gerencia de Servicios Sociales de la Junta de Castilla y León. La subvención que genera el programa la empleamos fundamentalmente en la compra de material, en cubrir los gastos que ocasionan las salidas a la ciudad y al medio natural y en nuestra propia formación. En este sentido, nos interesa crecer y saber lo que hacen otros profesionales y para ello participamos en diversos Encuentros, Foros y Congresos, intentando de este modo aportar nuestro granito de arena, dando a conocer esta realidad desconocida, y por tanto temida, y tratando de conocer otros puntos de vista.

Las **características del Centro** condicionan de forma significativa nuestra acción educativa en el mismo, por lo que vamos a describir sus rasgos principales. El Centro Zambrana (dependiente de la Gerencia de Servicios Sociales de la Junta de Castilla y León) es un centro de reforma y protección de menores, situado en la ciudad de Valladolid. Está constituido por dos módulos, uno de Socialización y otro de Reforma, y como es en este último donde desarrollamos nuestro proyecto, vamos a centrarnos en él. Las edades de los jóvenes que pueden entrar y permanecer en el módulo de Reforma están comprendidas entre los doce y los veintitrés años; este módulo está dividido en cuatro unidades, de la edad de los chavales y de sus características va a depender la inclusión en una u otra unidad. Existe además una sección dentro del módulo de “los más jóvenes” que incluye a las pocas chicas que están allí internadas. A lo largo de los seis años hemos ido rotando por las diversas unidades, concretamente este año 2007 hemos trabajado en dos de ellas. El número de jóvenes que están en cada módulo gira en torno a los 12 por unidad, oscilando mucho por las frecuentes altas, bajas y fugas del centro.

Por lo que respecta a las **delimitaciones temporales**, nuestra intervención se enmarca entre marzo y junio, un total de cuatro intensos meses que a veces saben a poco. En este sentido hemos valorado la posibilidad de un trabajo más continuo, durante todo un año, pero nos vemos desbordados por nuestras propias limitaciones, sobre todo temporales y por el desgaste físico y psicológico que genera el proyecto. Somos conscientes de que este tiempo no es suficiente para una intervención realmente efectiva, ya que al final del proyecto es cuando más fluidas son las relaciones y cuando el trabajo empieza a ser más relevante.

El centro cuenta con diversas **instalaciones**: un polideportivo grande y otro más pequeño (ambos cubiertos), una pista de fútbol sala, un frontón y un patio grande de arena (al aire libre), además de las propias dependencias de la unidad, donde se pueden llevar a cabo actividades más tranquilas. La disponibilidad de estas instalaciones es determinante a la hora de planificar nuestra intervención, no obstante preferimos trabajar al aire libre más que dentro de los recintos cerrados, tratando de compensar lo que supone estar tantas horas encerrado.

Es importante definir **las características de estos jóvenes**, que como cualquier colectivo humano comparten rasgos comunes, pero que también poseen sus propias particularidades. Con lo cual, y sin ánimo de generalizar ni encasillar, los chicos con los que trabajamos: carecen de referentes educativos sólidos, les cuesta concentrarse y ser constantes en el desarrollo de las actividades, tienen falta de autocontrol, dispersión, poca resistencia a las frustraciones, estados de ánimo variables y una cierta tendencia hacia la agresividad, todo ello propiciado por el ambiente socio-familiar en el que se han desenvuelto y potenciado, en cierta medida, por la permanencia en un centro de estas características. Sin embargo, estos rasgos generales no los comparten todos ellos, ya que algunos son tímidos, otros tienen un grado de maduración bastante alto (comparándolo con otros menores de su misma edad), otros tienen la necesidad de afecto y cariño, etc. Si bien es cierto que la mayoría de los jóvenes provienen de familias desestructuradas, nos encontramos también con chavales que proceden de familias “normalizadas” y que se sienten “atraídos” por conductas antisociales de riesgo. Por otro lado, cuando les ofrecemos nuestra confianza son capaces de abrirse y de compartir sus inquietudes y deseos, se comportan de forma más respetuosa, empática y afectiva y son agradecidos con la labor que desempeñamos para con ellos. Un claro ejemplo de esto lo apreciamos al comienzo del proyecto, cuando les surgen diferentes cuestiones sobre nuestra labor en el Centro, pues no entienden cómo hay gente que prefiere “gastar” su tiempo con ellos en lugar de estar tomándose unas cañas con los amigos. Sin embargo, cuando van avanzando las sesiones, y sobre todo con las salidas, se van dando cuenta de que éste es un

espacio para compartir, donde ellos también son capaces de aportar y enseñar a los demás, algo a lo que no suelen estar acostumbrado, reforzando de este modo su autoestima, que suele ser baja.

Todas estas características han de observarse y contextualizarse por su situación sociofamiliar y por los efectos que en ellos produce el proceso de institucionalización en un centro cerrado. Los chicos en el centro se ven obligados a vivir en un entorno estricto de normas, reglas y horarios ajenos, en la mayoría de los casos, a su situación habitual, donde suelen estar acostumbrados a “hacer lo que les da la gana”. En el centro tienen que compartir mucho tiempo y espacios reducidos y cerrados con otros jóvenes a los que no conocen y entre los que se ven “obligados” a reajustar continuamente la jerarquía o los roles. Se enfrentan además, en muchas ocasiones, a un futuro incierto, ya que desconocen cuánto tiempo han de estar allí, en este medio hostil, dominado tanto por la privación de libertad física, como por la falta de libertades individuales de comportamiento y elección, a esto hay que unir, en algunos casos, problemas tanto psíquicos como de drogodependencia. Por otro lado, la salida del centro tampoco parece prometedora, ya que son “carne de cañón” para futuras institucionalizaciones y situaciones de marginalidad, partiendo de la base de que la mayoría de estos chavales tienen que enfrentarse a una desestructuración personal, familiar y social.

En cierto sentido, nuestros planteamientos educativos “chocan” con alguna de las normas de funcionamiento que rigen la rutina del centro, por lo que debemos tratar continuamente de amoldarnos a las especiales circunstancias de la intervención en este contexto. Con esto no pretendemos eximir de responsabilidades a los menores, pero sí tratar de resaltar la situación psicológica en la que se ven inmersos y que afecta tanto a los roles cambiantes, como a la subcultura “carcelaria” o a la dualidad de comportamientos, por un lado “bueno” para educadores, jueces, coordinadores y por otro “malo” entre los iguales.

El modo de organizar y plantear las sesiones es habitualmente el siguiente:

1) *Encuentro previo con los educadores*, donde compartimos la sesión prevista y nos informan de cómo están los chicos y si hay alguna cuestión reseñable a tener en cuenta.

2) *Toma de contacto con el grupo*, presentando la sesión, compartiendo intenciones y percibiendo las motivaciones y estados de ánimo del grupo.

3) *Desarrollo de la propuesta*, tratando de hacer partícipe al grupo de la dinámica de las sesiones, con actividades fundamentalmente

motrices pero muy centradas en el desarrollo de habilidades sociales y de responsabilidades compartidas. Las sesiones suelen ser bastante dinámicas, pero tratando de estar atentos para poder trabajar con todas aquellas situaciones que supongan refuerzos educativos.

4) *Puesta en común grupal*, para compartir la experiencia vivida y recoger información de sus sensaciones, así como de sus intereses hacia futuras sesiones. En este espacio solemos leer algo o escuchar música juntos, para después comentarlo. Es un momento de reflexión, toma de conciencia, comunicación y valoración de la experiencia compartida.

5) *Evaluación con los educadores*, teniendo en cuenta las limitaciones y posibilidades de sus tareas, solemos realizar una charla de valoración sobre cómo ha transcurrido la sesión y las consideraciones a tener en cuenta para las próximas sesiones.

En relación a esto último, nuestra relación con los educadores ha sido uno de los temas más debatidos en un principio, ya que nuestra intención era la de realizar un trabajo conjunto, donde compartir experiencias e inclusive hacer una labor conjunta; pero la propia estructura del centro no facilita estas interrelaciones tan “ambiciosas”, por lo que ellos nos dejan hacer, sin interferir en nuestra práctica, siendo ahora las relaciones más fluidas, sobre todo con los educadores más motivados con su trabajo o los que creen más en el proyecto.

En cierta manera, hace seis años nuestra intervención se limitaba a “sustituir” de algún modo su programación diaria de actividades deportivas, durante dos horas y un día a la semana por unidad; llegábamos cargados ilusión y de actividades nuevas que realizábamos en la medida de nuestras posibilidades. Con el paso del tiempo, lo que sí han cambiado significativamente son los contenidos, sin olvidar nuestra intervención a través de lo físico. Hemos apostado por aspectos más sociales y personales, ya que creemos en un proceso educativo global y contextualizado en la realidad del centro; por lo que la actividad física ha dejado de ser un fin para convertirse en un medio. También las actividades han variado, desde actividades más deportivas en los inicios, hasta las actividades colaborativas y socializadoras que hoy son el eje vertebral de nuestras actuaciones.

En el siguiente cuadro hacemos un resumen de las actividades sobre las que ha girado nuestro proyecto en todos estos años:

| Actividades en el Centro | Salidas al entorno urbano | Salidas al Medio Natural |
|---|--|---|
| <ul style="list-style-type: none"> · Juegos Modificados · Juegos de Estrategia · Juegos Cooperativos · Malabares · Acrosport · Retos Cooperativos | <ul style="list-style-type: none"> · Escalada en rocódromo · Bicicleta · Piragua en el Pisuerga · Orientación en parque urbano · Piscina · Visita al Museo de la Ciencia · Jornada Viva y Solidaria (Facultad de Educación) | <ul style="list-style-type: none"> · Bicicleta de montaña · Senderismo · Orientación · Escalada en roca · Acampada |

Las actividades que planteamos se basan en la participación, cooperación, desarrollo de habilidades sociomotrices, trabajando determinados valores y actitudes de respeto, fomentando la reflexión, el autocontrol y la creatividad, así como la comprensión de normas que mejoran la convivencia dentro del centro. Nuestra preocupación por preguntarnos cómo ofrecer alternativas educativas, posibles y humanas, a través de la AF, en una institución cerrada al marco social “normalizado”, nos lleva a participar más “entre” y “con” los jóvenes, que simplemente “para” ellos.

De esta forma trabajamos contenidos diversos tales como: juegos y deportes modificados, retos y desafíos físicos cooperativos, acrosport, malabares, zancos, juegos tradicionales, actividades de ocio en el medio urbano y actividades en el medio natural.

3.- Del entorno cerrado a la ciudad... y al medio natural

Ya hemos dejado entrever un cambio de actitud en nuestros planteamientos, desde dentro hacia fuera, valorando de forma determinante las salidas al exterior, pues creemos que de este modo se van a producir unas posibilidades educativas más significativas. La posibilidad de realizar salidas es un complemento necesario a la labor educativa que se lleva a cabo dentro del marco cerrado en el que nos encontramos, así creemos necesario que este colectivo se relacione y participe en diferentes actividades, en otros contextos y con otros colectivos, fomentando la participación en prácticas fuera de la institución

e impulsando actividades que promuevan una inserción social más real. Lo que sí es cierto es que la experiencia ha sido fundamental, porque los miedos iniciales y las trabas administrativas nos impedían, en un principio, abrir las puertas al exterior. En estos momentos, por lo tanto, tenemos abiertas dos líneas de trabajo, que si bien van de la mano, caminan separadas en algunos casos, ya que las salidas al exterior sólo las podemos llevar a cabo con un número limitado de jóvenes, concretamente con aquellos que tienen régimen abierto, que el centro propone y que el juzgado autoriza.

Con estas pinceladas se dibuja una situación que va a ocupar todo el siguiente apartado, en el que vamos a centrarnos en las salidas al medio natural, como espacio posibilitador de una educación más real y significativa.

Salimos al exterior

Desde la sociedad actual se nos invita a los ciudadanos a disfrutar de las calles, plazas y parques de las ciudades, así como de diferentes alternativas para aprovechar nuestro tiempo de ocio. En el lado opuesto, nos encontramos a estos menores que no pueden disfrutar de ello, pues están privados de libertad, un poco incoherente, ¿no? Algunos salen para ir a clase o tienen alguna salida puntual con algún educador del centro, pero otros no van a poder salir del centro hasta que no terminen de cumplir la condena impuesta por el juez.

Para cualquiera de estos menores el simple hecho de salir del centro, aunque sea para ir a clase o a algún taller, es una bocanada de aire fresco, aire renovado, aire alejado de las cuatro paredes del edificio en el que “viven”, mientras ven pasar las horas del día y observan que su situación no cambia. Además, si las salidas son diferentes a sus rutinas diarias, les supone un cambio en su estado de ánimo, un cambio en su vida. La motivación, la ilusión y las ganas con las que afrontan las actividades son plenas y no dista mucho de la del niño que vemos jugar en el parque. Sin embargo, no todo es tan sencillo, ya que estas salidas pueden generar conflictos o enfrentamientos, como veremos más adelante.

Casi todas las salidas provocan situaciones de establecimiento de normas (justificadas), de planteamiento de dilemas morales (convivencia, respeto, negociación), de comunicación e interrelaciones (hablar, contar historias), de desarrollo de la empatía y de superación de miedos e inseguridades, pues todas ellas suponen un desarrollo mucho más humano de la persona y un refuerzo para su autoestima. Además, las salidas al medio natural ofrecen sensaciones y compromisos, tanto motrices como emocionales, muy diferentes a las actividades realizadas en el entorno urbano. El disfrute, la vivencia de situaciones y experiencias

inéditas hacen de las salidas el principal espacio de aprendizaje dentro de nuestro proyecto.

Gracias a las salidas los menores tienen la oportunidad de sentirse autónomos y de valerse por sí mismos, tanto de forma individual como grupal, es un aliciente más que aumenta la motivación por la actividad durante el desarrollo de la misma. Además, con determinadas salidas, como es el caso de la bicicleta, recuerdan tiempos de su infancia no tan lejana, y que con el paso de los años y con la situación en la que se han encontrado, han comenzado a olvidar, principalmente por lo rápido que se han visto obligados a crecer. Esto es debido a que tienen la oportunidad de ver y de tocar las cosas in situ, experimentándolas en un espacio de libertad real, al que no están acostumbrados. De hecho, el Centro Zambrana es una “burbuja de irrealidad”, ya que el exterior, la calle, el contacto y las relaciones con otras gentes y sobre todo la sensación de libertad, es algo con lo que van a tener que enfrentarse una vez que acabe su internamiento. Por otro lado, en algunos chicos hemos podido comprobar las dificultades con las que se encuentran a la hora socializarse con otra gente distinta a nosotros; aquí, intentamos actuar como mediadores, para que poco a poco vayan construyendo las habilidades sociales que necesitan para vivir en sociedad, ya que sin ninguna duda el mejor lugar para desarrollar estas habilidades es inmersos en ella.

En este tipo de actividades se tiene más tiempo que en el centro para compartir aficiones, habilidades, deseos, formas de ver el mundo, miedos, etc. y además de forma más relajada. Siempre están deseando hablar, que les escuchen, aunque les cuesta hacerlo de forma explícita. A veces se acercaban a uno de nosotros para contarnos algo que les preocupaba o algo que querían que supiésemos de ellos. Las relaciones son más libres y espontáneas, reforzándose los lazos de unión entre los chicos y nosotros, y ese modo de compartir experiencias y construir valores, que ya hemos comentado anteriormente. De esta forma nuestro ideal educativo puede llevarse a cabo de forma mucho más relevante. Además, durante las salidas, se pueden trabajar aspectos que resultan muy difíciles de llevar a cabo dentro, como habilidades de convivencia en la sociedad, respeto y comunicación con desconocidos, así como un tiempo de diálogo con nosotros que en las sesiones diarias no hay posibilidades de entablar. En las salidas, por tanto, nos encontramos en entornos donde surgen muchas situaciones para el tratamiento educativo de lo cotidiano, que debe ser parte fundamental en el trabajo con los menores internados.

Si comparamos las salidas realizadas en ambientes urbanos y naturales, vemos cómo la naturaleza ofrece inicialmente una cara más educativa, ya que en el entorno natural se encuentran más inseguros y

necesitan de los demás, algo que les hace comportarse de forma más empática. Sin embargo, la ciudad hace aflorar en ellos conductas más estereotipadas y cercanas a sus formas de vida en entornos de riesgo. Creemos en este sentido que debemos ser valientes y tratar este tema con ellos, pues la ciudad va a ser su entorno habitual (en la mayoría de los casos) y debemos reflexionar con ellos las alternativas que ésta ofrece. No obstante, la naturaleza, cuando no se puede trabajar con tanta amplitud, puede ser un espacio inicial donde desarrollar algunos referentes de convivencia y encuentro con uno mismo, que nos parecen de gran impacto para el trabajo educativo con estos menores.

Nuestros primeros contactos con el medio natural

De entre todas las salidas realizadas a lo largo de estos años, vamos a comentar algo sobre las actividades más significativas, siempre en relación con las AFMN.

La Bicicleta de montaña no es algo nuevo para nosotros, ya que en anteriores ocasiones habíamos apostado por ella con excelentes resultados. A lo largo de estos años hemos realizado en total catorce salidas, siendo ésta una de las actividades “estrella” de todas las que hacemos en el exterior. Las salidas se han desarrollado siempre durante las tardes de primavera, en recorridos de entre 20 y 40 kms., por espacios de la provincia de Valladolid, tales como: el Canal de Castilla, el Pinar de Antequera y los canales de Laguna de Duero. Las rutas se realizaron a ritmo pausado, haciendo paradas para ver detenidamente lo que hallábamos a nuestro paso, merendar, hablar con algunas personas que nos encontramos por el camino, arreglar pinchazos y cualquier otra cosa que surgiera sobre la marcha.

Creemos que las salidas en bicicleta son un recurso muy valioso, ya que suponen romper con las rutinas habituales y encontrarse con un medio distinto, desconocido, que afianza las relaciones grupales. La propia naturaleza de esta actividad, que “obliga” de algún modo a estar durante un periodo largo de tiempo rodeado de otras personas y en un entorno relajado, favorece los procesos de diálogo y posibilita un acercamiento bastante significativo entre los chicos y nosotros, pudiendo así conocer realidades y reflexiones de sus vidas que dentro del centro no son posibles debido al propio ritmo de las sesiones. La sensación de estar fuera, de ser dueños de sus actos y sentimientos por un tiempo, es muy apreciado por los chicos y aunque nos pareciera, a priori, que el control tuviera que ser más fuerte, debido a las particularidades de la actividad y el medio donde se realizaba, puede suceder todo lo contrario.

En este tipo de salidas hemos podido comprobar que *muestran más interés* y están más abiertos a recibir estímulos del medio y de nosotros; son menos reacios a recibir diversos tipos de información, ya

que se quitan la coraza que llevan dentro del centro, porque la propia actividad camufla la intervención educativa sin que ellos se den cuenta. Además se sienten motivados *por aprender cosas* sobre el manejo de la bici, la necesidad y la forma de hidratarse y alimentarse por el camino, racionar y transportar el agua para todos, respetar el ritmo de los demás.

La Piragua por el Río Pisuerga fue una propuesta arriesgada, ya que era la primera vez que proponíamos este contenido en el centro. En primer lugar, nos originaba incertidumbres por el respeto que algunas personas tienen al agua, por ser un medio en el que no están acostumbrados a desenvolverse y además por la incógnita de si sabrían nadar. Alguno de los chavales se mostró reacio, en un principio, a realizar la actividad y el superar su miedo supuso un refuerzo importante para su autoestima. Fue muy interesante el que las piraguas fueran de dos, ya que suponía no sólo confiar en uno mismo, sino en tu acompañante, teniendo que sincronizarte con él para remar y elegir el trazado a seguir.

Creemos que la piragua puede ofrecer a estos chicos el conocimiento de nuevos espacios naturales y otras formas de desplazamiento por la naturaleza, que no están tan a su alcance. Este tipo de propuesta ofrece sensaciones y compromisos, tanto motrices como emocionales, muy diferentes a las actividades realizadas en el medio terrestre. El disfrute, la vivencia de situaciones y experiencias inéditas en el medio acuático, la sensación de autonomía y la mejora del autoconcepto al “dominar” un contenido nuevo y poco común, podemos considerarlos como argumentos sólidos para profundizar en esta propuesta en años sucesivos.

La Escalada fue otra propuesta muy enriquecedora, ya que suele ser una actividad motriz que parece más compleja de lo que en realidad es; ello hizo que los chavales se sintieran muy motivados y reforzados al ver que podían subir las vías con cierta soltura. La superación de pequeños retos supone una satisfacción importante para nuestros chicos, más aún cuando esta actividad había sido solicitada por ellos. La escalada suele resultar una propuesta muy motivante que nos sirve además para desarrollar múltiples capacidades relacionadas con otros contenidos. Por señalar algunos de los aspectos educativos más destacados podríamos decir que estas actividades exigen un máximo control de la seguridad personal y de los compañeros, favorecen el desarrollo del equilibrio, la coordinación, nos someten a continuas y diversas situaciones de toma de decisión en función de nuestras posibilidades, generan un espíritu de colaboración y responsabilidad con el compañero, etc. Las relaciones empáticas adquieren otra dimensión, quedando de lado el estereotipo de “chicos malos y duros” y haciendo que aflore el sentido de la responsabilidad y de confianza mutua.

La Orientación la realizamos en un parque urbano de la ciudad de Valladolid, del que teníamos mapas detallados; desarrollamos un sencillo juego de búsqueda de pistas y pruebas que implicaban el trabajo de habilidades sociales con las personas que transitaban por el parque con las que debían interactuar. En un tiempo mínimo debían ser capaces de interiorizar e interpretar los símbolos necesarios para tomar decisiones determinantes en el desarrollo de su recorrido. Para estos chavales, como siempre, lo más difícil fue superar el miedo que les produce relacionarse con personas desconocidas o ajenas a su entorno.

La práctica de orientación resulta muy interesante ya que se tiene contacto con grandes extensiones de terreno, los chicos se sienten autónomos y con una permanente sensación de exploración, aventura y reto que culmina con la satisfacción completar el recorrido. Otro aspecto a destacar es la posibilidad de conocer un parque que ofrecía múltiples posibilidades de práctica, tanto de actividad física como de otras actividades recreativas: paseo, orientación, pistas multideportivas, frontón, tenis, pistas de juegos autóctonos, etc, opuesto al uso habitual que ellos hacen de los parques relacionado con el consumo de alcohol y otras sustancias.

La primera experiencia con el **Senderismo** fue hace dos años cuando surgió la posibilidad de hacer una actividad conjunta con las tres unidades, todo un reto, más aún, al incluir en la salida unos chicos y una chica de la Fundación INTRAS y a un grupo de alumnos de la Facultad de Educación ajenos al proyecto, cumpliendo así el deseo de que los chicos compartieran alguna actividad con otros colectivos y otros compañeros del centro.

La actividad consistía en una ruta de senderismo por “Los Montes Torozos”, recorriendo algunos espacios de interés ambiental, como el embalse de la Santa Espina y el valle del Bajoz. Esta ruta que nos lleva a Castromonte desde el monasterio de la Santa Espina, es parte del itinerario del camino de Santiago desde Madrid, en el que además se puede visitar algún interesante molino abandonado. Toda esta ruta la hicimos en compañía de un excelente guía, profesor de la escuela de Capacitación Agraria de la Espina, que supo ganarse a los menores. Sus explicaciones durante la ruta se fueron adaptando a las necesidades de los chicos, sin presionarles para recabar su atención, respetando los ritmos y los intereses de cada uno.

A pesar de no haber realizado ninguna actividad para dinamizar la relación entre los chicos de Zambrana y los de INTRAS, surgieron momentos de comunicación de forma espontánea y en líneas generales la relación entre ellos fue positiva. El fin de la ruta, como en cualquier otra actividad de senderismo, supuso una gran satisfacción a los chavales, ya

que pudieron sentirse capaces de llevar a cabo una actividad de cierta exigencia física.

El viaje de vuelta en el autobús dio pie a intercambio de experiencias, poniéndose de manifiesto lo interesante de este tipo de actividades, donde los aprendizajes no sólo son de tipo cognitivo y físico, sino también afectivo-sociales; esto supone una mejora en la conexión del grupo y el desarrollo de capacidades de interrelación, donde la actividad física no es sólo un fin, sino un medio.

Consideramos esta salida como un punto culminante de nuestra intervención en el centro, ya que hemos conseguido unificar en una sola experiencia los principales contenidos y objetivos que queríamos trabajar en el proyecto y todo ello en un ambiente muy distendido y cercano.

4.- El relato de una experiencia en el medio natural: La acampada en las Tuerces (Montaña Palentina)

Desde nuestro deseo de seguir profundizando en la experiencia educativa, surgió la idea de llevar a cabo una actividad de varios días, en la que pudiéramos ampliar los límites temporales y espaciales. Llevábamos varios años pensando en dar el salto, ya que nos parecía importante aprovechar las posibilidades que ofrece el medio natural para plantear otras propuestas educativas o reforzar las ya iniciadas, ofreciéndoles además a los chavales la posibilidad de pasar una noche lejos del centro, de su entorno y de la ciudad. En este sentido, algunas de las dimensiones temporales que nos ofrece la naturaleza: intensidad de la experiencia, posibilidad de tratamiento educativo de la cotidianidad, desvinculación transitoria del medio habitual, dimensión colectiva de la experiencia y poder de rememoración (Miguel, 2001), nos parecían argumentos suficientes como para lanzarnos a la aventura.

Siendo coherentes con nuestros deseos educativos todo el grupo apoyó la idea, ya que nos parecía una buena oportunidad para desarrollar algunos de los propósitos del proyecto, como el de proporcionarles autonomía, el de que mejorasen la asertividad en sus relaciones personales, o incluso, el de que pudieran conocer otras posibilidades de ocio, que podrían estar a su alcance en un futuro inmediato, cuando salieran al exterior. Todos estos aspectos y muchos otros, que habíamos experimentado en nuestras propias carnes con diversos colectivos, se desarrollan, y de qué manera, en una acampada, y por eso apostamos por ella. La pernocta y permanencia en el medio natural con los chicos de Zambrana nos abría la puerta para desarrollar algunos de los propósitos educativos que veíamos imposible realizar hasta ahora y nos daba la posibilidad de apostar por otros que ni siquiera nos habíamos planteado.

Así que nos pusimos manos a la obra y nos aventuramos a viajar con ellos allende los muros de hormigón, mucho es lo que hemos aprendido y más aún lo que nos queda por aprender, por eso queremos ser críticos en las valoraciones, para que nuestra experiencia sirva para seguir creciendo, sin olvidarnos de los aspectos más positivos surgidos en las mismas.

4.1 Decidiendo el escenario

Como es habitual en estos casos, la elección del lugar suele ser el primer punto a debatir cuando se organiza una acampada, ya que de esta decisión van a depender en gran medida el resto de las cosas. Tras diversas aproximaciones decidimos llevarla a cabo en el entorno de Gama, un pequeño pueblecito de la Montaña Palentina, ubicado en “El Monumento Natural de Las Tuerces”, que conocíamos muy bien, pues allí, unos como alumnos y otros como profesores, habíamos desarrollado algunas experiencias, además había sido el sitio elegido el año anterior.

Este lugar nos parecía especialmente idóneo ya que en él se puede acampar y/o pernoctar en un albergue y desarrollar actividades variadas y accesibles, tales como: escalada en roca, rutas de senderismo accesibles, orientación, rutas en BTT, etc. La familiarización con zona y las experiencias previas vividas en ella, fueron los principales motivos que nos llevaron a elegirla como destino, conscientes de la importancia que tiene el conocimiento del lugar a donde llevas un grupo, y más tratándose de un grupo de especiales características; de esta forma teníamos la confianza y los conocimientos necesarios que nos darían la seguridad que necesitábamos.

4.2 Programa de la acampada

A la hora de proyectar la acampada contamos con la referencia del año anterior, lo cual nos facilitó el apartado de temporalización. Por otro lado, teníamos bastante claras cuáles eran las actividades que queríamos realizar, elegidas basándonos en cualidades propias a las mismas, como la aventura, la necesidad de ayuda de otros, la mejora de las relaciones grupales, el conocimiento de nuevos entornos, ... Lo único que faltaba era planificar y abordar los distintos conflictos que sabíamos podrían surgir; así decidimos recoger a los chicos en las puertas del centro para evitar pasar por la zona en la que tienen escondido el tabaco, planificamos unos horarios de actividades, descanso y de organización y limpieza, y por supuesto tuvimos muy en cuenta las horas para levantarse

y acostarse. A continuación se describe a grandes rasgos la temporalización prevista:

Primer día

15.30 Salida del centro en autobús

17. 30 Pequeño paseo por el entorno, acomodo en el albergue y merienda

18.30 Escalada en roca

21.00 Cena

22.00 Juegos nocturnos

23.00 Velada

00.00 Silencio

Segundo día

9.00 Nos despertamos

9.30 Desayuno

10.00 Preparación de bocadillos y limpieza y recogida del albergue

11.00 Actividad de Senderismo. Actividades

19.00 Regreso a Valladolid

4.3 Puntos fuertes de la experiencia

Abordar de forma genérica las posibilidades del medio natural nos puede llevar a una excesiva simplificación. En la literatura al uso existen ya múltiples argumentos de por qué merece la pena educar en contacto con el medio natural (Albero, 2000; Ascaso et al, 1996; Arribas y Santos, 1999; Gómez Encinas, 2001; Miguel, 2001; Parra, 1999, 2001, 2006; y Santos, 2003), lo que ocurre es que, al igual que en otros contenidos educativos, la importancia radica en cómo comprobamos el valor de estas experiencias “in situ”, cabalgando sobre nuestras botas de montaña y sintiendo en nuestra piel las sensaciones que el medio y nuestros compañeros de viaje nos ofrecen.

Salir al medio natural con un grupo se convierte en una experiencia única. Ver cómo fluyen las relaciones personales, observar los miedos y las cualidades ocultas de cada uno de nosotros, dejarnos seducir por lo que encontramos a nuestro paso, (com)probar nuestras habilidades, sensibilidades y las de los demás,... y descubrir juntos lo que hay detrás de cada recodo, son argumentos suficientes para emprender la marcha. De esta manera, queremos reforzar la idea de que este tipo de actividades se convierten en una experiencia compartida, un proyecto común que hemos decidido emprender en compañía.

Hemos de profundizar en el “valor educativo” que encierra la práctica, ya que salir a la naturaleza puede crear un buen clima de convivencia, respeto y aprendizajes, pero implica también el ser conscientes de que esto no se produce de forma instantánea, siendo necesario crear las situaciones idóneas para que esto ocurra. En este sentido, nos gustaría manifestar algunas de las cuestiones vividas y su “capital pedagógico”:

En general las actividades realizadas en un entorno natural nunca dejan indiferente a nadie, dotando a los participantes de experiencias inolvidables y que suponen un punto de inflexión para ellos. Por la forma de ser de estos chicos y chicas, que constantemente buscan nuevos estímulos en su vida, confiábamos en que la experiencia sería fructífera para todos.

La primera de las situaciones que cabe destacar es la propia salida del centro, que es un estímulo lo suficientemente importante y que supone una motivación en sí misma. Resultan bastante significativos, y comprensibles al mismo tiempo, los gestos en sus caras al salir del centro, hacia una libertad de al menos un par de días. Partiendo de ahí, el viaje de ida, entrañable y con un nivel de excitación y emoción bastante elevado, se proyecta a partir de la incertidumbre por lo que podría pasar y por las altas expectativas creadas. Esto contrasta con el viaje de vuelta, mucho más íntimo, cada uno recogido en sí mismo o al lado de las personas más afines y rememorando las experiencias vividas, mientras se asimila el final de esa libertad de vuelta al centro.

A partir de la llegada al refugio mostraron una forma de ser mucho menos estereotipada de lo habitual; inevitablemente buscaban sus momentos de soledad, y de algún modo de libertad individual, pero siempre condicionados por el hecho de estar en un entorno desconocido para ellos. El propio lugar les sorprendió, ya que Gama es un pequeño pueblo, en el cual la vida y sus gentes nada tienen que ver a lo que ellos están habituados. Todo esto facilitó que los comportamientos fueran empáticos, de admisión de una necesidad de ayuda y de ofrecimiento de apoyo al prójimo, con el cual se sentían plenamente identificados. Del mismo modo la curiosidad y el desparpajo propio de estos chicos generó situaciones de diálogo con los lugareños, reforzando sus habilidades sociales.

A menudo la rigidez de las normas de los centros en los que se encuentran estos chicos y chicas, no permite trabajar algunos aspectos como la capacidad de tomar decisiones, la negociación y el consenso grupal, o el simple hecho de poder expresar sus ideas. El cambio de entorno, y más aún cuando se trata del medio natural, en el cual las normas y el ritmo de funcionamiento son, en algunos casos,

diametralmente opuestos a los centros de origen, posibilita otro tipo de propuestas. Esta flexibilización de determinadas normas de funcionamiento y la relajación de todas las partes implicadas, permite que la norma quede en un segundo plano, dando paso así a una realidad, que en ocasiones queda en el olvido, y es que estos menores son niños, con sus miedos, sus ilusiones, sus curiosidades y sus ganas de vivir.

Es el momento de abordar la actividad estrella de la acampada, la escalada. Anteriormente hemos comentado que las actividades en el medio natural no dejan indiferente a nadie y el caso de la escalada es uno de los más claros ejemplos de ello. En el transcurso de la actividad pudimos comprobar cómo el miedo inicial de tener que colgarse de una pared, con un componente de seguridad en forma de cuerda, se tradujo en relaciones empáticas y de confianza total en el otro. Al mismo tiempo, el ritmo necesario para practicar una actividad como la escalada, pausado y seguro, contrasta con el ritmo habitual de estos chicos, caracterizado por la excitación y la necesidad del estímulo inmediato; el ritmo de la escalada viene dado por dos factores principales, por un lado la seguridad que evita daños durante la práctica, y por otro la autorregulación del esfuerzo sin el cual no sería posible completar las vías con éxito, esto hace que los chicos y chicas tengan que aceptar necesariamente ese cambio de ritmo y trabajar una paciencia que en muchos casos es casi nula. Además, la puesta en práctica de esta actividad permitió llevar a cabo algo que a priori parecía complicado, pero que precisamente por ello resultó especialmente enriquecedor, y fue el compatibilizar los aspectos más técnicos de la escalada con los recursos educativos de que disponíamos, rompiendo así con la idea de que una actividad supuestamente técnica no puede resultar educativa.

Otro momento a destacar fue la velada nocturna, caracterizada entre otras cosas por la escasez de luz durante la práctica, lo que permitió establecer nuevos lazos afectivos a través de la necesidad de tener a otra persona al lado para sentirse seguro.

Durante la noche inevitablemente surgieron conflictos de intereses, propiciados por la incompatibilidad entre la necesidad de descansar de forma adecuada para la actividad del día siguiente, y las ganas de disfrutar despiertos de lo que estaban viviendo. Esto permitió trabajar con ellos a través de la negociación y el consenso, tratando de convencer, nunca de vencer, a través de razonamientos lógicos basados en el respeto mutuo.

La actividad de senderismo supuso la oportunidad para dotar a los chicos de una nueva experiencia, basada en el esfuerzo personal y en la capacidad de superar pequeños retos. Esta actividad, al desarrollarse durante un periodo largo de tiempo, permite establecer mayores lazos

entre quienes lo practican; permite mantener diálogos sobre lo divino y lo humano, sobre el entorno, disfrutando de las pequeñas cosas como puede ser una tela de araña, unas gotas de rocío, o las huellas de algún animal. Además, facilita aprender cosas relacionadas con el entorno, la geología, las montañas y cómo el hombre se adapta a ellas, a través por ejemplo de un punto geodésico. Al mismo tiempo sirvió para descubrir la capacidad oculta de uno de los chicos para orientarse a través de un mapa topográfico y para que de ese modo se convirtiera en el guía oficial de la ruta, reforzando así su autoestima. Por otro lado, la exigencia física y las distintas capacidades de adaptación a la misma por parte de los chicos, permitieron continuar con las relaciones empáticas y de sentido de grupo, teniendo que esperarnos y apoyarnos entre todos para superar la ruta con éxito.

De forma paralela al senderismo, y en general a toda la acampada, realizamos actividades y retos cooperativos como el *zapagolf*, *acrobacias*, o simplemente superando los pequeños retos que la naturaleza nos planteaba en forma de dificultades orográficas.

Por último, cabe reseñar el fomento por la valoración del entorno natural, de las acciones y compromisos individuales y colectivos a llevar a cabo para su cuidado, respeto, mantenimiento y mejora, superando así la banalización del contacto con el medio natural, para no perder el sentido de trascendencia que tiene la experiencia en la naturaleza (Pérez Brunicardi, 2004). Hechos tan simples como no tirar restos de comida, rompiendo con el mito de que “es biodegradable”, o recoger alguna lata o algún papel que un desconocido haya podido tirar previamente, son conductas que sorprendieron en gran medida a los chicos y chicas, y que precisamente por ello consideramos fueron bastante significativos para ellos.

4.4 Dudas, conflictos y negociaciones

Según Parra (2006) “*normalmente es difícil que nos salga mal una acampada*” y estamos de acuerdo, la convivencia, las experiencias nuevas, las relaciones más cercanas, etc., hacen que volvamos de ella con una sensación que es difícil de explicar, pero que nos lleva a todos a quererla repetir. La pega es, sin embargo, ese “normalmente”, ya que si bien es verdad que muchos de nosotros estamos acostumbrados a realizar este tipo de actividades con amigos o con niños, cada grupo tiene unas características especiales a tener en cuenta; por ello, antes, durante y después de cada una de las acampadas nos han surgido diferentes propuestas y se han generado diferentes conflictos que hemos intentado resolver mediante la negociación.

Vamos a tratar de describir, en un principio, algunos de los conflictos que surgieron a lo largo de la última acampada, que se desarrolló en el mes de Mayo de 2007, con la intención de no verlo todo de color de rosa y la manera en que tratamos de resolverlos y/o afrontarlos.

No todos los chicos pueden salir del centro

Las primeras incertidumbres comenzaron pronto, al tiempo de programar y organizar la acampada. Desde un punto de vista simplista, es fácil pensar que el hecho de que les diésemos a nuestros chicos la posibilidad de salir de esos fríos muros y de que pudieran disfrutar durante unos días de “cierta libertad”, debía ser ya de por sí motivante, pero nuestras expectativas, menos simplistas, nos empujaban a quererles transmitir una motivación mucho más profunda y a mostrarles la salida como una oportunidad para compartir experiencias, para participar en actividades novedosas, etc. Sin embargo, para poder “sacarle todo el jugo” a esta situación debíamos tener una relación previa con los chicos, afianzada y basada en la confianza mutua y, de forma ideal, deberíamos haber contextualizado la acampada en sesiones anteriores, introduciéndoles en algunas de las actividades que fuésemos a llevar a cabo allí.

Esto nos generó el primer interrogante a la hora de afrontar la salida, qué chicos nos debíamos llevar, cuestión nada fácil de responder, ya que estaba supeditada a algunas decisiones que no estaban en nuestra mano. Tal vez si la elección de quiénes debían salir hubiese recaído únicamente en nosotros, el resultado no hubiera sido el mismo, ya que nos hubiésemos basado en el nivel de compromiso, de motivación, etc., pero la situación de estos chicos es mucho más compleja, ya que están sujetos a una decisión judicial. Esto viene a cuento de que uno de los chicos que participaba más activamente en las sesiones dentro del centro, que nos ayudaba a “mover” al resto y que además era uno de los más motivados con la salida, ya que había disfrutado de la acampada el año anterior y siempre hablaba de ella como una gran experiencia que le gustaría repetir, transmitiendo ese deseo al resto de sus compañeros, se tuviera que quedar en el centro. Además, nos encontramos con un menor que no sabía lo que era un albergue, que nunca había tenido una experiencia en la naturaleza y que tampoco pudo salir debido a una medida judicial que le privó de esa primera experiencia tan deseada.

Por otro lado, nos surgió la duda de si debíamos llevar a todos los que podían salir. Las actividades en la naturaleza van acompañadas de una sensación de libertad, unida a una gran responsabilidad que, en este caso, recaía sobre nosotros y que estábamos dispuestos a asumir, siempre y cuando se tratase de chicos con los que habíamos adquirido

cierto grado de confianza y compromiso durante las sesiones dentro del centro. Por ello, decidimos salir sólo con los jóvenes que habían participado de forma activa en las sesiones y que, a su vez, habían obtenido el permiso de jueces y educadores. Creemos que esta cuestión es muy importante ya que sabíamos, en parte por experiencias de años anteriores, que en la salida iban a surgir momentos de evasión y diversión, pero que también aparecerían otros más tensos, en los que íbamos a tener que tomar decisiones basadas en la confianza y el respeto y ¿qué clase de influencia íbamos a tener con los chicos que apenas conocíamos? Así que pensando en el bienestar y en la cohesión del grupo, aspectos muy importantes en una salida de estas características, decidimos llevarla a cabo prescindiendo de un chaval que sí tenía permiso de salida.

El tabaco

Solventadas las dudas sobre quién iba a participar, se plantearon otros puntos sobre los que debíamos tomar decisiones y llegar a un consenso. El tema principal sobre el que debatir era el tabaco y, por las experiencias de otros años, sabíamos que sería un problema difícil de resolver. Además, y a pesar de que esta sustancia había sido usada como moneda de cambio en años anteriores dentro del funcionamiento del propio centro (dándoselo como premio ante buena conducta y privándoles de él como castigo ante alguna conducta disruptiva), la nueva ley prohibía el consumo de tabaco a los menores de 18 años. Las opiniones dentro nuestro grupo eran diversas, pero éstas carecían de valor, ya que bien dentro o fuera del centro, en el medio natural o no, la ley es clara al respecto y no podíamos permitirles fumar.

Ya desde los primeros instantes los chicos decidieron transgredir esta norma y nada más salir del recinto se dieron “un paseo por los alrededores”, para coger sus paquetes escondidos, entonces comenzó el debate y les prohibimos fumar, ellos no entendieron qué tenía de malo el que fumasen y les “pilló de sopetón” nuestra actitud, ya que en nuestras visitas anteriores siempre nos habíamos presentado como personas cercanas a ellos (las normas que poníamos eran básicas, de convivencia y respeto fundamentalmente, en relación con las tan estrictas que les exigía el centro, y quedaban muy enmascaradas por un sentimiento de “colegueo” que posteriormente se convirtió en una creencia de “permisividad”). A raíz de aquí el problema continuó y el resto de la acampada se vio supeditada a él, ya que a pesar de que se mostraban ilusionados por las actividades que les ofrecíamos, no dejaban de buscar momentos de “soledad” para poder fumar a escondidas.

La inmensidad de la montaña puede llegar a crear un sentimiento melancólico, que empuja a querer disfrutar de algún momento de soledad

y hubiera sido bonito que nuestros chavales hubieran podido disfrutado de él, pero nuestras continuas sospechas no lo permitieron, teniendo la sensación muchas veces de parecernos más a los guardias que habíamos dejado en el centro, que a los educadores que pretendíamos ser, ofreciéndoles un ambiente muy distinto al que estaban acostumbrados.

Es sorprendente comprobar cómo un tema como este puede llegar a marcar toda una salida y nuestra impotencia fue muy grande al no poder compensarles esa necesidad, a pesar de la cantidad de recursos que teníamos a nuestro alrededor; resulta cuanto menos paradójico llegar a una situación de disputa por algo como el tabaco con chavales de 15 años. El diálogo resultó bastante improductivo ya que no podían entender qué tenía de malo, aceptaban que en el centro no pudieran fumar (aunque siempre buscaban la manera de hacerlo), pero no llegaban a comprender qué nos podía importar a nosotros que ellos fumaran. Al principio les comentamos que buscábamos una salida diferente en la naturaleza, alejándonos de los hábitos urbanos y de los vicios personales, haciéndoles ver que algunos de nosotros habíamos tomado la decisión de dejar también el tabaco en casa, con el reto de pasar un fin de semana diferente. Sin embargo, la negociación ante ese tema no era posible, no cedían ni lo más mínimo, así que nos escudamos en la ley que lo defendía. En la evaluación posterior todos coincidimos en que no fue muy buen argumento, ya que les estábamos poniendo de excusa algo que ellos están acostumbrados a quebrantar en mayor o menor medida. “Las leyes son injustas”, “las leyes están para saltárselas” o “¿qué mal hacemos a nadie por echarnos aquí un pitillo?”, fueron algunas de las frases que acertaron a decirnos. Intentaban que nos pusiésemos en su lugar, nos intentaban convencer de que a ellos les dejan fumar en sus casas y que a veces eran sus propios padres los que les daban el tabaco en los permisos; por lo que nuestro cambio de táctica giró en torno a hacerles lo mismo, intentar que se pusieran en nuestro lugar, en hacerles entender nuestra responsabilidad allí y en el sacrificio que había supuesto para nosotros preparar la salida como para echarlo todo a perder por ese tema. Poco a poco, aún sin comprenderlo, fueron aceptando no fumar.

Para concluir, nos planteamos si podríamos habernos anticipado a esa situación, y para futuras salidas nos planteamos tratar de evitar, como ya habíamos planificado en esta ocasión, la posibilidad de que consigan tabaco por ningún medio, para así evitar la situación. Aunque por otro lado, consideramos interesante y provechoso el trabajo realizado en torno al consumo de esta sustancia y al hecho de que frente a estos chicos y chicas hayamos tratado de hacer respetar una norma/ley, precisamente nosotros que siempre tratamos de flexibilizarlas.

Pater/maternalismo

Una de nuestras expectativas iniciales al preparar la acampada era hacerles partícipes de una convivencia compartida dentro de un ambiente y espacio diferente. Esa vivencia se había de basar en compartir no sólo actividades, sino todas aquellas tareas que supusiesen el día a día de una acampada; sin embargo, la actitud de “escaqueo” de algunos chavales en esos momentos cruciales (poco acostumbrados a colaborar y desarrollar ese tipo de “trabajos”) y nuestro “afán pater/maternalista”, hicieron que esa colaboración se viera mermada, lo que nos llevó a restarles compromiso y, precisamente, llegar a él era uno de nuestros objetivos.

Esto nos hace recapacitar sobre lo distinto que es preparar una salida sobre el papel y lo que realmente ocurre después; lo frágil que es esa línea que pasamos como educadores creyendo que ayudamos a nuestros chavales y que, en realidad, estamos restando un objetivo importante que nos habíamos fijado. Quizás por eso es tan importante dejar pulidos todos los aspectos importantes antes de la salida, llegar a consensos sobre cómo se van a solventar los posibles conflictos que surgen.

La noche

Otra de las inquietudes iniciales que surgieron, común en cualquier educador que pasa una noche fuera de casa con un grupo de adolescentes, y materializada después, es qué ocurriría por la noche. Nuestros chicos, acostumbrados a un horario muy estricto, sin ninguna opción de negociación, en el que a las 10 de la noche cada uno ha de estar en su cuarto y con la luz apagada, no era difícil de imaginar que cuando se les presentase la oportunidad de salirse de esa rectitud, y sabiendo además que “nuestro margen de negociación” era mucho mayor, iban a intentar aprovecharse de dicha situación. Conscientes de ello, marcamos como límite la una de la madrugada, el reto consistía en cumplir esa limitación. Pero, por un lado las ganas de los chavales de aprovechar la salida y por otro, las diferentes circunstancias que se dieron, hicieron que ese margen se sobrepasara con creces. Por una parte, la cena y la tertulia posterior hicieron que el juego nocturno propuesto empezara mucho más tarde de lo estimado, además éste se alargó más de lo que habíamos calculado y por último surgieron unos imprevistos de última hora, que formaron un compendio que fue el culpable del retraso del “toque de queda”.

Llegado el punto de ir a descansar, surgieron otras circunstancias, por un lado valoramos ampliar la hora de ir a acostarse pues ya que fue bastante gratificante que después de todo lo hablado y “discutido”,

lográramos tener un momento de gran satisfacción con los juegos nocturnos, donde por fin estábamos consiguiendo esa complicidad entre nosotros que tanto habíamos buscado durante el día y cortar algo así hubiera sido un error en nuestra opinión.

Por otro lado, la extensión de la jornada nocturna se debió a factores emocionales que en algún momento llegaron a desbordarnos. Uno de ellos relacionado con el grado de excitación emocional e hiperactividad que uno de los chicos tenía, causada por el cambio de escenario, la necesidad de aprovechar el tiempo al máximo y la ingesta de bebidas con cafeína que no le sentaron nada bien. Sucedió que este chico abusó conscientemente de la coca-cola, lo que le produjo un nivel tal de exaltación que le impedía dormir y, por consiguiente, dificultaba el sueño a los demás.

Paralelamente a ello se dieron dos circunstancias bastante significativas, una de ellas protagonizada por uno de los chicos que no llevaba mucho tiempo dentro del centro y que pasaba por una situación muy delicada. No debemos olvidar, como ya hemos comentado, que muchos de los chicos del centro de menores y no son más que unos niños, como dice Emilio Calatayud en su libro *Reflexiones de un juez de menores*, “lo que se oye cuando se apagan las luces en un centro de menores no son las voces y gritos de delincuentes o asesinos, son llantos de niños”. No sabemos muy bien lo que le llevó a ese chico a “explotar” en ese momento, pero es fácil de entender la gran necesidad que tienen muchos de esos chavales de hablar y las pocas veces que son escuchados. Por eso, quizás aprovechan ese acercamiento que les ofrecemos y esa confianza que otorga la convivencia, para compartir con nosotros sus temores y preocupaciones. Ciertamente es que en otras muchas ocasiones del viaje aprovecharon para alardear de sus “hazañas y logros lejos de la ley”, pero son los momentos como el que protagonizó ese chico, totalmente desolado buscando a alguien que le escuche y apoyase, los que dejan traslucir la fragilidad real de estos chicos.

Otra situación quizás similar fue la que protagonizó otro de los chavales, con sus “pequeñas escapadas” junto a la única chica que había podido salir del centro. De nuevo, ante este escenario, nos vimos relegados a la función de guardia e intentábamos acompañarles en sus paseos para evitar males mayores. Durante la noche la situación se agravó y el chaval nos criticó nuestra falta de confianza en él, a pesar de que afirmábamos tenerla. Una vez más recurrimos al debate y a ver “quién convencía antes al otro de lo que estaba bien y lo que estaba mal”, alegando que no era el momento y que habíamos ido hasta allí para compartir otro tipo de experiencias.

A pesar de su aparente dureza, una vez más se hizo evidente la fragilidad real de estos chicos, al romper a llorar y al asumir que su reacción se debía a las circunstancias en las que se encontraba. Afirmó que reconocía nuestra labor y nos la agradecía, admitiendo que en el centro había aprendido a contener sus impulsos y a intentar mostrar empatía por el resto. Esta repentina actitud nos sorprendió gratamente y así se lo hicimos saber. Además, es gratificante saber que un chico privado de libertad, elige compartir la experiencia de un fin de semana con nosotros en el medio natural a compartirlo con su familia y sus amigos a los que ve muy de vez en cuando (ya que los días de la acampada le correspondían como días de salida a su casa y le dieron la opción de elegir).

Estos son los conflictos que surgieron en la acampada, algunos de los cuales debíamos haberlos previsto, y que tratamos de resolver con el diálogo y la negociación de por medio, modo sorprendente para ellos, ya que están acostumbrados a la imposición. Después de todo esto, al día siguiente, durante la ruta de senderismo y la vuelta a Valladolid surgieron grandes momentos de diálogo y testimonios, de risas y de juegos, desempañando todo lo anterior.

4.5 Algunas consideraciones finales

Quizás, después de leer las reflexiones anteriores, se pueda pensar que no compensa una acampada en estas circunstancias, ya que puede parecer que han surgido demasiados conflictos. Sin embargo, nosotros no lo vemos así. Todos estos conflictos que surgieron son posibilidades de negociación, de acercamiento, de educación...que se van desarrollando hacia una mejor convivencia.

No debemos quedarnos con las dificultades, sino con las posibilidades educativas que éstas nos han brindado. En este caso concreto, se trata de un colectivo falto de referentes, acostumbrados a resolver los problemas por la fuerza, mediante la imposición del propio criterio, carentes en muchos casos de un correcto desarrollo afectivo, faltos de personas dispuestas a escucharlos y con un bajo autoconcepto. Por tanto, las dificultades no son sólo problemas que en muchos casos parten de errores nuestros, sino que se trata de señales que dejan ver cuáles son las verdaderas necesidades educativas de estos menores.

Cuando hablamos de que la acampada nos brinda la oportunidad de acercarnos a ellos y ellos entre sí y de mejorar nuestras relaciones sociales y las suyas, no nos referimos a que a lo largo de los días adquieran más confianza y nos acaben contando sus problemas y nosotros escuchándolos (que por supuesto, es algo que ocurre y que

otorga la convivencia en esos días), también implica el poder enfrentarnos a ese tipo de situaciones que hemos descrito y que ponen a prueba nuestra labor como educadores.

Sentimos que nos compensa mucho más la media hora en la que estuvimos tranquilos tumbados en el césped intentando descubrir las diferentes constelaciones o por qué no, algún ovni, entre risas y confesiones o esos buenos momentos durante la ruta de senderismo, que todos los debates surgidos, por ejemplo, alrededor del tabaco. Y sabemos que a ellos también. Quizá, sólo eso ya sea motivo suficiente para defender este tipo de actividades. Nadie dijo que fuera a ser fácil, pero la balanza juega a nuestro favor y en el fondo nuestras mochilas regresaron repletas de esperanza.

5.- Comentarios finales y proyecciones

Creemos que a la hora de planificar una acampada no nos vale reproducir aquellas que hemos realizado anteriormente, cada una es diferente, ya que los grupos, todos diversos, nos exigen un estudio previo serio y pausado de las consideraciones a tener en cuenta.

Las acampadas han de prepararse con el grupo, haciéndoles partícipes de ella, dotándoles de responsabilidades y compartiendo previamente las intenciones, actividades y consideraciones a tener en cuenta. De este modo conseguiremos también un mejor conocimiento del grupo y aseguraremos una mejor adaptación a sus gustos y necesidades, pudiendo incluso tratar algunos conflictos de forma previa. Utilizando palabras de Parra (2006) hemos de lograr que no sólo sean usuarios, si no más bien propietarios de la acampada. Tal vez el problema del tabaco se habría afrontado de otra forma si hubiéramos tratado el tema previamente con ellos de manera distinta a como lo hicimos, siendo más duros e inflexibles desde el primer momento. Debemos compartir normas y su justificación razonada con todos los participantes.

Es preciso centrarnos en el colectivo destinatario, ya que es tan importante el contenido elegido para la práctica, como realizar una lectura detenida de las peculiaridades del grupo. Esto nos ayudará a elegir y reformular el desarrollo de la actividad. De esta manera, las AFMN se configuran como un recurso educativo, con sus problemas y ventajas, convirtiéndose pues en referente el colectivo destinatario, más que la propia herramienta. Las AFMN pueden, por tanto, ser tan valiosas como la música, el bricolaje o cualquier actividad que podamos desplegar como metáfora “educativa” (Maza, 2001).

Creemos que reforzar la experiencia colectiva en la naturaleza (Arribas, 2005) es un argumento fundamental para implementar estas

prácticas. Siendo conscientes de que en educación nada se da ha de dar por garantizado, nos parece que es importante crear las condiciones idóneas para despertar en el grupo el deseo colectivo de salir a la naturaleza y de gestionar de forma adecuada las experiencias y los recursos organizativos y didácticos que requiere la actividad planteada.

Las AFMN y la permanencia en el medio facilitan un proceso de encuentro grupal e interrelación más sincero, ya que el contacto con la naturaleza nos despoja de muchos tabúes y fomenta otro tipo de relaciones de complicidad. La propia naturaleza se expresa de diversas formas, ¿aprendemos estando en ella a hacerlo nosotros también? Salir a la naturaleza no es suficiente para lograr propósitos educativos, ya que es necesario un trabajo previo y una evaluación posterior, sino nos quedamos en simples experiencias que pueden o no resultar significativas. Así pues, debemos no sólo buscar experiencias, sino también sacarles partido a las mismas y aprovechar los conflictos para educar; saber ver el error está bien, pero también hay que saber tratarlo. El diálogo y la negociación son necesarios y se han de convertir en un potente recurso educativo.

Debido a algunos momentos de dispersión y de falta de referencia de cara a los menores, nos planteamos que tal vez sería mejor reducir el número de educadores, o al menos tener mucho más claras cuáles son las funciones y roles de cada uno de nosotros.

Otro punto crucial en las salidas es lo que podríamos llamar la libertad mal entendida; nosotros habíamos actuado con un línea educativa muy diferente a la que normalmente se trabaja en el centro, una vez los chicos salieron fuera, malinterpretaron nuestra forma de trabajar con la permisividad.

Evitar las situaciones de sobreprotección y permisividad, ya que perseguimos favorecer la inserción en el grupo y la autovaloración de posibilidades personales, y con tales actitudes se consigue más bien lo contrario. Creemos en la atención a la diversidad, pero no en el exceso de paternalismo.

Creemos en la continuidad de este tipo de propuestas, para que sean realmente significativas. Sería necesario repetir varias veces esta experiencia y reforzar constantemente determinadas conductas para que las intenciones educativas se cumplieran completamente.

Interpretar el concepto “jóvenes en riesgo” y estigmatizar a los jóvenes institucionalizados como una realidad especial y específica nos puede llegar a confundir. Si analizamos los problemas que afectan a la juventud actual en general, esta definición abarcaría a un importante segmento de la población adolescente y no sólo a una minoría de jóvenes

de los barrios marginales y deprimidos de la ciudad. Las conductas de riesgo, de esta forma, pueden generalizarse a toda la población. (Jiménez Martín, 2006).

Las medidas educativas deberían ir de la mano de políticas sociales, creyendo que debería de existir una mayor responsabilidad e implicación social en pro de luchar por las desigualdades y falta de oportunidades de algunos colectivos.

Finalmente, reivindicamos a las AFMN en general y más aún aquellas que suponen permanecer varios días en contacto con el medio, como un recurso educativo y de inserción social excelente, a pesar de no ser un contenido habitual en los programas educativos con estos colectivos.

6.- Referencias bibliográficas

ALBERO, A. (2000) El tratamiento de las Actividades en la Naturaleza en el sistema educativo: todo un reto. *Revista de Educación Física*, 80 (27-29).

ARRIBAS, H. (2005) Actividad Física en el Medio Natural y colectivos emergentes: una propuesta desde la Educación no formal. En Miguel, A. y Bores, N. (Coord.) *El aula Naturaleza en la Educación Física escolar*. Universidad de Valladolid y VEM: Palencia. Cederrón

ARRIBAS, H. Y SANTOS, M. L. (1999) Conexiones entre la Educación Física, el ocio y las actividades en la naturaleza en la formación de nuestros escolares. *Actas del XVII Congreso Nacional de Educación Física. (Volumen I)*, p. 142-152. Universidad de Huelva. IAD.

ARRIBAS, H; CALLEJA, F; CASTRO, N; DÍEZ, F; MANTECÓN, L; RIVAS, R. y SAINZ, B. (2004) Una oportunidad educativa en el medio natural con menores internados: por el Canal de Castilla en bici. En *Actas del II Congreso Internacional. Las Actividades Físicas en el Medio Natural en la Educación Física Escolar*. Patronato de Deportes de Palencia. Cederrón.

ASCASO, J. et al. (1996) *Actividades en la naturaleza*. Madrid: MEC.

CALATAYUD, E. (2007) *Reflexiones de un juez de menores*. Dauro: Granada.

GÓMEZ ENCINAS, V. (2003) La utilización del reto y la aventura en contextos educativos. En Miguel, A. (Coord.). *Las Actividades Físicas en el Medio Natural en la Educación Física escolar*, p.77-90. Palencia: Patronato Municipal de Deportes.

JIMÉNEZ MARTÍN, P. J. (2006) Actividad Física, deporte y jóvenes en riesgo. Reflexiones para la mejora de los programas de intervención. En Gamero, et al. (Coord.) *Actas del Congreso Internacional Violencia, Deporte e Inserción Social*. Universidad de Huelva. Cederrón

MARTÍN RIOJA, R. et al. (2004) La actividad física con menores internados: una experiencia educativa desde un contexto cerrado hasta el medio natural. En Puig, N. y otros. (comp.). *El Deporte Diálogo Universal. Los espacios públicos urbanos como punto de encuentro para favorecer el juego y el deporte de la comunidad*. Forum de las culturas. Barcelona.

MANTECÓN, L. y otros (2005) Institucionalización y actividades físicas en el exterior: la actividad física en el medio natural en el proceso de socialización de los menores internados. En Actas del "Congreso Nacional de Educación Física: Deporte, Ocio recreativo y Medio Natural". El Bosque". Cádiz. Cederrón.

MANTECÓN, L et al (2006) Actividad física con menores internados: un proceso de responsabilidad compartida. Revisión de cinco años de experiencia. En Gamero, et al. (Coord.) *Actas del Congreso Internacional Violencia, Deporte e inserción social*. Universidad de Huelva. Cederrón.

MAZA, G. (2001) Valores del deporte desde el ámbito de la educación social. *Tándem*, 2 (63-72).

MIGUEL, A. (2001) *Actividades físicas en el medio natural en la EF escolar*: Palencia: Patronato Municipal de Deportes.

PARRA, M (1999) Modelos metodológicos y espacios de acción de actividades en el medio natural acordes con la entrada del siglo XXI. En *Actas del Congreso Internacional de Educación Física. La educación física en el Siglo XXI*, p. 141-156. Jerez: Fondo editorial de enseñanza.

PARRA, M. (2001) *Programa de actividades físicas en la naturaleza y deportes de aventura para la formación del profesorado de segundo ciclo de secundaria*. Tesis Doctoral. Universidad de Granada.

PARRA, M. (2006) La acampada como medio educativo en primaria y secundaria. En Sáez, J., Sáenz-López, P. y Díaz Trillo, M. (Eds.) *Actividades en el medio natural*, p. 25-36. Huelva: Universidad de Huelva publicaciones.

PÉREZ BRUNICARDI, D. (2004) Educación en valores y actividades en la naturaleza. Su lugar en la Educación Física. En *Actas IV Congreso Estatal de Actividades Físicas cooperativas*. Segovia 5-8 Julio. CD Rom.

SANTOS, M. L. (2003) *Las actividades en el Medio Natural en la Educación Física Escolar*. Sevilla: Wanceulen.